

Enrique Badosa: «Ausencia de un Subirachs», *ABC Cataluña*, 17 de noviembre de 1993

Poco a poco va cambiando el paisaje urbano. Por fin ha desaparecido la construcción metálica que, cerca del Templo Expiatorio del Tibidabo, rompía el perfil de la montaña. ¡Ya era hora! Uno de los beneficios que aporta la torre de Norman Foster es precisamente la desaparición de aquel mamotreto. Por otra parte, casi de la noche a la mañana también encontramos un hueco en donde hasta hace poco se alzaba un edificio, y al cabo de poco tiempo se yergue otro, hecho así mismo sorprendentemente. Si miramos hacia el Oeste, vemos que el horizonte ha cambiado mucho y con rapidez: lo ocupan altas construcciones que impiden casi del todo contemplar unas puertas de Sol como las que dentro de poco se producirán. Hermosos ocasos y crepúsculos que la mayor parte de los barceloneses ignora...

¿Y qué decir de litoral urbano? ¿Hemos asimilado ya sus nuevas líneas? Tal vez no por completo. Todo se andará, nos guste o no el estilo arquitectónico, tan frío, tan escasamente mediterráneo, de la Villa Olímpica. Sin embargo, ahí queda la renovación que dignifica una zona antes muy degradada. Quienes llevaban tiempo sin venir a Barcelona, la encuentran realmente muy cambiada, y para bien. Esto no deja de alagar a los barceloneses, al mismo tiempo que nos sorprende un tanto. Nos falta perspectiva, claro. El hábito de vivir en una ciudad llega a impedir admiraciones. De ahí que es mejor no vivir en una urbe justamente famosa por su belleza: es mejor visitarla de vez en cuando.

Estas cosas me rondaban por la cabeza cuando de pronto me encuentro, en mis paseos callejeros, con una ausencia que me sorprende desagradablemente. En más de una ocasión también usted, oh lector, habrá dado un rodeo en su camino urbano, bien sea para pasar por un paraje que le agrada bien para evitar otro que le resulta antipático. En unas ocasiones, porque ahí se encuentra un edificio interesante. En otras, porque ahí se yergue una escultura que... Mi último rodeo lo di para volver a ver una obra de Subirachs que, como tantas de las suyas, me gusta muchísimo. La sabía en Vía Augusta con Calvet. Un muy bello Subirachs. Es una peana y en plena acera, estilizada imagen femenina de clásica evocación y en doble bajo relieve. Una forma de mármol blanco casi superpuesta a otra idéntica en piedra oscura. Hermosa composición en plena vía pública y que, por lo tanto, más de una vez ha sufrido la pintada vandálica, gamberra. Vuelvo, pues, a ese lugar y, sorpresa ingrata, ni peana ni obra. Tampoco las dependencias de una entidad estrechamente relacionada con la escultura en cuestión.

Es de suponer que tal entidad se ha trasladado de sede, y con ella se habrá llevado el Subirachs. Lástima. He de averiguar si de nuevo esta logradísima obra se encuentra o va a encontrarse en alguna calle barcelonesa. Nuestros perfiles urbanos no abundan tanto en buena escultura como para que no duela perder una de las más relevantes. Por supuesto que la entidad propietaria del Subirachs está en su derecho de trasladarlo a otro espacio. Pero cuando una escultura lleva mucho tiempo en determinado sitio, a mi me parece que no debiera ser movida. Ciertamente no es la primera vez que ocurre

un traslado de esculturas y monumentos. Yo siento que quienes gozan de la vecindad de una obra de arte no debieran ser privados de tal obra que forma parte del perfil urbano de la zona.

Cada vez que pase por Vía Augusta-Calvet echaré en falta la estatua. Ojalá sus proveedores la vuelvan a colocar en un lugar tan visible como accesible. La obra de arte tiene calidad de servicio público, por particular que sea la propiedad, máxime cuando ha estado mucho tiempo ofrecida a la contemplación de todos.